

mas! Puso tasa á los gastos de los funerales, prefijó las horas en que habian de tocarse las campanas y tenerse abiertas las puertas de las iglesias: de modo que Federico II lo llamaba *mi hermano el sacristan*, y decia que tenia deseos de aprender de él pero le faltaba paciencia para instruirse.

Tambien en el imperio queria José II abolir todo derecho de diocesano extranjero, para lo cual ocupó los bienes que otros obispos poseian en Austria y fundó obispados nuevos. A los que reclamaban contra estas medidas, respondia Kaunitz que todas las consideraciones debian ceder ante el deber que tiene un monarca de llevar á cabo un sistema conocidamente conforme al bien de sus súbditos y á la prosperidad de la monarquía. El mismo emperador hacia todo esto con despotica voluntad: al superior de un convento que le manifestaba sus escrúpulos respondió: *idos á donde no existan esas órdenes*; y á un obispo que le dirigió una larga arenga sobre sus deberes y le pidió instrucciones para obrar conforme á sus decretos, contestó: *Las instrucciones son que quiero ser obedecido*. Un tal Plover, clérigo suizo nombrado director del seminario de Brünn, habiendo sido recusado por el obispo como jansenista fué ascendido por José II al seminario de Viena; y como lo rechazase tambien el arzobispo de Migazzi, el emperador privó de su gracia á este prelado y le concedió que se retirase á su sede episcopal.

Pío VI, asustado de tantas innovaciones, no viendo el término de aquella impetuosa carrera, y sabiendo por esperiencia que eran inútiles las reclamaciones, se dedicó á presentarse personalmente á José II. ¿Cómo habian cambiado los tiempos desde la época en que los papas citaban á los césares ante el trono pontificio para dar razon de los ultrajes hechos á la fé ó á la justicia! En vano trataron de disuadir á los que comprendian la inconveniencia de semejante viaje: Pío VI fiándose en su causa, en la eficacia de su presencia majestuosa y en el prestigio de su viva elocuencia, despues de haber orado una noche entera sobre la tumba de los santos apóstoles (1782), se puso en camino.

José le hizo una acogida honrosa, pero evitó con cuidado las ocasiones de entrar en conferencias sobre el punto de la dificultad, y no permitió que nadie lo viese sin su permiso. Kaunitz habiéndole el papa presentado la mano se la apretó como entre iguales, no le habló mas que de bellas artes, y habiéndose mostralo Pío dispuesto á aprobar ciertas disposiciones siempre que se modificaran, le dió á entender que no se creia su aprobacion necesaria. El papa, profundamente ofendido de la inflexibilidad de José y avergonzado de ser objeto de aquel vano ceremonial y de aquella mendaz veneracion, mientras por otro lado se estaba despojando á la Santa Sede de sus mas ventajosas prerrogativas, dejó á Viena despues de haber resistido allí un mes á guisa de pretendiente, y á los piés de un

trono que muchas veces habia sido derribado por los rayos del Vaticano (1).

José despues le devolvió la visita en Roma, donde vivió como particular comiendo en la posada, y aunque se le habia dispuesto en San Pedro un magnífico reclinatorio, se arrodilló en el suelo. Sin embargo, en aquel viaje se desembarazó de la dificultad de dejar reducido al papa á obispo de Roma, y se dejó persuadir á aceptar el indulto que el pontífice le ofreció por el nombramiento del arzobispo y beneficiados consistoriales de Lombardia. Fué, pues, concordado que á los duques de Módena y Mantua comitiese el nombramiento de los altos beneficios y oficios eclesiásticos, antes reservado á Roma, y que la Santa Sede anulara la boda. Así el papa debió ceder tambien el nombramiento de los obispos de Italia á aquel que habia suprimido hasta el convento donde habia venido á confederar con él.

En la política exterior, José se desvió de la senda conservadora de sus abuelos, dejándose llevar de vagas ambiciones cuando el oscilante favor de los gabinetes hacia imposible la ejecucion de grandes proyectos.

En la paz de Munster, Felipe IV se habia visto obligado á privar á las diez provincias belgas que le habian permanecido adictas, de todas las ventajas del comercio, y tener cerrado el Escalda á los suyos, en provecho de los Estados generales de Holanda, sacrificando así los fieles flamencos á los rebeldes holandeses. El incremento de éstos indujo á Francia á considerar como su barrera los Países Bajos católicos, los cuales en la paz de Utrecht fueron adjudicados al Austria con la obligacion de mantener guarniciones en una línea de fortaleza (1781). Pero José II al viajar por aquel territorio, resolvió demolerlas casi todas, y sin cuidarse de las reclamaciones de los Estados generales, declaró que siendo Francia una nacion amiga, no se necesitaban barreras contra ella: arbitrariedad que recibió en breve su castigo cuando la Francia revolucionada penetró en aquel país sin obstáculos.

A los lamentos de los holandeses respondió José como solia, declarando obstinadamente que moriria todo linaje de oposicion como intimacion de guerra. Habria sido un esceso de bajeza el ceder; por tanto los Estados situaron una escuadra en la embocadura del Escalda. José, á las amonestaciones de Kaunitz, que lo aconsejaba que tomase precauciones, contestaba: *no dispararán un tiro*; pero Kaunitz le mandó en breve una carta con estas solas palabras: *Han disparado*. En efecto, los holandeses, sin asustarse por las amenazas del emperador, invadieron el país y tuvieron en su auxilio á Francia; por lo cual Kaunitz, celoso de la amistad de los franceses, hizo aceptar la mediacion que ofrecian.

José insistió primero en que se declarase libre el Escalda y se le entregase la for-

(1) Coxe, Historia de la monarquía austriaca.

taleza de Maestricht; pero despues se contentó con diez millones de florines; y negándose los holandeses á pagarlos, Luis XVI le dió cuatro y medio, aboliéronse entonces el tratado de las Barreras y las trabas impuestas á los flamencos, debiendo los holandeses proveer á la salida de las aguas de manera que no quedase perjudicada Flandes.

Las empresas de José contra la Turquía fueron desgraciadas y se vió obligado á huir.

Jamas la casa de Austria habia desatendido tanto las costumbres y derechos de otros; los publicistas y los gabinetes clamaban contra tales agresiones, y entre los pueblos cundia un descontento universal. En Transilvania la sublevacion era manifiesta, en Hungría se resistia abiertamente la ejecucion de los decretos que abolian la servidumbre y el uso de la lengua nacional é imponian la contribucion única y el reclutamiento militar; pareció á los húngaros un ultraje gratuito el acto de trasladar á Viena la corona angélica, á la cual creia la nacion que estaba adherida su propia existencia; y tan altas subieron las quejas, que José hubo de devolverla y de restablecer los Estados provinciales con la antigua constitucion.

Si en las transacciones políticas se tuviese presente la conveniencia de los pueblos, se habria debido formar con las dos Flandes un nuevo reino de Borgoña, robusto entre la Alemania y la Francia, y que habria ahorrado tanta sangre como se vertió por la rivalidad de estas dos naciones. Carlos V pensó en este proyecto, pero no llegó á efectuarlo. La parte del Norte, movida del fanatismo religioso y de la ambicion de los Oranges, logró constituirse en república; pero la situacion de la parte meridional se empeoró, habiendo quedado espuesta á las invasiones de toda clase de enemigos, gobernada segun estaba por príncipes residentes en países lejanos como eran los austriacos.

Los belgas son gente positiva, de poco entusiasmo, atenta á su interes, estraña á la guerra, eminentemente tradicional y avezada desde muy antiguo al régimen municipal que hace que casi sea independiente un país del otro. Las diversas provincias añadidas al Austria (1) gozaban cada una de una constitucion particular, que el emperador en la paz de Utrecht se obligó á mantener; y el artículo 59 de la *Joyeuse entrée* contenia uno de aquellos privilegios, que solo la edad moderna ha venido á anular, el privilegio de oponer resistencia al príncipe que violase los pactos (2). Estas provincias, aunque estaban como destacadas de su imperio, eran útiles al Austria, ya como barrera contra Fran-

(1) Esto es, los ducados de Brabante, Güeldres y Luxemburgo, los condados de Flandes, Hunault y Namur, y los señorios de Malinas y Tournay.

(2) *Ses sujets ont le droit de cesser de lui faire service jusqu'à ce que les contraventions soient réparées.*

cia, ya como anillo de la cadena que la enlazaba con las potencias marítimas; y su prosperidad indicaba que sus gobiernos estaban en armonía con el génio y costumbres del país. En 1817 el gobernador, marqués de Prié, quiso cercenarles los privilegios, pero Bruselas se sublevó y lo espulsó. Anneessen, jefe de la sublevacion, decapitado por los austriacos, fué considerado como mártir por los belgas, habiéndose vendido á pedazos como reliquia el hacha con que le cortaron la cabeza. Ahora venia nuevamente José II á subvertirlo todo como habia hecho en Italia; pero el comercio la libertad, la fé, salvaron la nacionalidad belga en una revolucion que merece ser estudiada porque es semejante en el fondo á la de 1830, aunque la acompañaron diferentes circunstancias.

Jose comenzó espidiendo tal diluvio de órdenes, que el consejo de Flandes en 1786, le hizo notar que Carlos V en cincuenta años no habia hecho tantas leyes como decretos habia él dado en cinco ó seis. Despues, sin tener presente que el clero era poderosísimo entre gente que fundaba su moral en una profunda religion, prohibió las procesiones y peregrinaciones, suprimió conventos, confió á los seglares la enseñanza, sustituyó á los seminarios diocesanos un seminario general en Lovaina con profesores de su eleccion, y en el *plan de seminarios generales* no disimuló su intencion de reemplazar el estudio de la teología católica con el de las ciencias, la física, la química, la agricultura, la economía política; de sustituir á la educacion monástica y al egoismo de los conventos el entusiasmo por la patria y la adhesion á la monarquía austriaca; de quebrantar las cabezas de la hidra ultramontana y de establecer el reinado de las luces.

Los seminaristas poderosamente unidos le presentaron una peticion solicitando permanecer sometidos solamente á los obispos en las cosas tocantes á la disciplina y al dogma, recibir de los profesores solo lecciones, y estudiar por libros aprobados por la autoridad episcopal. La universidad de Lovaina, que se decia fundada para ser el baluarte y sosten de la fé católica se declaró contra la nueva enseñanza; pero José la trasladó á Bruselas, y creyendo que su hermana era una gobernadora demasiado indulgente con los sediciosos, la separó de su puesto, reemplazándola con el conde de Trautsondorf, al cual dió autoridad ilimitada. Despues despudió al nuncio apostólico; llamó á Viena al arzobispo de Malinas para responder al cargo de haber repartido ejemplares de la bu-la contra Eyber; depuso y desterró al de Namur; y declaró que "queria fuese obedecido sin tardanza y sin réplica su edicto sobre el seminario general de Lovaina." Abolió luego los conventos de los regulares que no lo obedecieron, suprimió abadías, colegiatas y la tan benemérita sociedad de los bollandistas ó escritores, casi todos jesuitas, que trabajaban en la célebre coleccion de

Actas de los santos, comenzada por Juan Bolando. En seguida, habiendo reclamado muchos obispos esponiendo los peligros que amenazaban á las conciencias, envió al arzobispo de Malinas con el encargo de proceder á un ecsamen de las doctrinas y profesores de Lovaina; mas como las primeras preguntas del arzobispo fuesen si competia tan solo á los obispos preguntar y catequizar, en qué consistia el primado del papa y otras semejantes, Trautsmendorf prohibió á los profesores que respondiesen y al prelado que prosiguiese el ecsamen.

Reformó tambien José toda la administracion antigua, sustituyendo al consejo de estado y á otros cuerpos constitucionales un gobierno central, suprimiendo la justicia patrimonial, estableciendo nuevos tribunales dependientes del superior de Bruselas, destruyendo los pactos de la *Joyeuse entré* y aboliendo la nacionalidad de los Países Bajos con declararlos provincia de la monarquía austriaca. Por último, ordenó "á todos sus súbditos indistintamente que obedeciesen sin réplica ni tardanza los mandatos de sus agentes aun cuando al parecer traspasasen los límites de su autoridad (1)."

Todo esto habia producido una sorda fermentacion. Despues habiéndose intentado llevar á Viena á un reo, á pesar de que los de Brabante tenian el derecho de no ser juzgados sino por sus propios conciudadanos y en su país, se suscitó un tumulto, los Estados negaron los subsidios que se ecsigian anualmente; creció la agitacion; hicieronse reclamaciones; el consejo de Brabante suprimió los nuevos tribunales; y la archiduquesa María Cristina y su marido el duque de Sajonia Taschen tuvieron que prometer el restablecimiento de los antiguos privilegios.

Mostrábanse los belgas dispuestos ó resignados á obedecer, pero querian que se consultase á los Estados como parte interesada que eran. José en vez de hacer justicia, envió tropas; á Kaunitz que le aconsejaba la adopcion de medidas conciliadoras le respondió: "el fuego de la rebelion no se apaga sino con sangre; y á una reclamacion del cardenal Frankenberg costestó: *el arzobispo debe doblegarse ó romperse*." Sin embargo, cuando vió que los de Brabante apelaban á Dios y á su espada para defender los pactos violados; cuando advirtió que se armaban y confederaban, se intimidó; disipados sus sueños de bien público, echó de ver que habia perdido la opinion que era su ídolo; lamentóse; se declaró engañado por relaciones falsas y tornó á pedir parecer á Kaunitz, el cual volvió á proponerle concesiones. Pero era tarde. José solicitó del papa que aconsejase á los obispos la sumision; pidió auxilios, pero el imperio no se prestó á dárselos; la Prusia atizaba por su parte la discordia; la Francia tenia por la suya demasiado á que atender; á

(2) Artículo 12 del edicto de 1.º de Enero de 1787.

Inglatera habia ofendido y echo traicion; la Turquía lo amenazaba, los Estados hereditarios se estremecian. Espidió, pues, tropas para *terminar*, segun decia, *los asuntos litigiosos*, y añadia: *en la mucha ó poca sangre que cueste la operacion no debe repararse... Yo recompensaré á los soldados como si combatesen contra los turcos* (1). Sus ejércitos capitaneados por Rhóder fueron derrotados; sublevóse tambien la Flandes; Gante fué bombardeada pero la guarnicion destinada á ocuparla fué rechazada como tambien la de Bruselas, y la desolacion de las aldeas no impidió que el grito de independencia fuese repetido de ciudad en ciudad.

Pero comenzaron luego entre los sublevados las disensiones intestinas, obstáculo muy comun al écsito de las sublevaciones. Los secuaces del abogado Van der-Noot tendian á reconciliarse con Austria ecsigiendo solamente un freno contra las usurpaciones y un sistema mejor de representacion en los Estados cuyos privilegios defendian; pero el abogado Vonck, fervoroso sostenedor de teorías revolucionarias y no contento con una igualdad que no era mas que la nivelacion bajo un mismo despotismo, aspiraba á independencia y soberanía. Los vonckistas confiaban solamente en sus propias fuerzas; los otros esperaban el apoyo de los estranjeros y en especial de Prusia, que ansiaba la ocasion de debilitar al Austria. La falsa política austriaca por temor á las antiguas franquicias que pedia Van-der-Noot halagaba á los vonckistas, es decir, escitaba las pasiones de la muchedumbre, mientras perseguía á los moderados, á quienes era posible contentar.

Al principio los dos partidos caminaron de acuerdo (1790) y se formó una confederacion de los Estados Belgas Unidos con un congreso soberano, en el cual cada uno de los Estados conservaba su propia independencia. Semejante oligarquía desagradó á los vonckistas, los cuales clamando contra el empeño de fiarse en los estranjeros, decian que era menester no perder el tiempo esperando á estos, sino poner otra vez la confianza en el pueblo é insurreccionarlo. Y si bien en el acto acudieron á las armas y alcanzaron la victoria, los aristócratas prevalecieron al fin y castigaron con la confiscacion y las prisiones á sus adversarios. José pudo complacerse en ver que la ambicion, que habia sido causa de su ruina, perjudicaba tambien á sus enemigos; pero murió sin verlos caidos: la destruccion de los privilegios hereditarios no debia ser posible sino despues de una revolucion cuyo dominio absoluto heredasen los principios.

Otras ecsageraciones semejantes intentó José llevar á cabo respecto del imperio, aunque no era de él mas que gefe electivo. Desde luego anunció su designio de corregir muchos abusos y especialmente los de la cámara imperial de Wetzlar en materia de ju-

(1) Carta de 31 de Octubre 1789.

risdccion. Esta cámara, juntamente con el consejo áulico, tenia la alta jurisdccion en Alemania; pero si el consejo ejerciendo sus funciones á la vista del emperador obedecia al freno, la cámara abusaba de su independencia, y era tachada de prevaricacion, de negligencia, de parcialidad, habiéndose formado ademas entre sus individuos dos facciones enemigas que intrigaban una contra otra. Muchas veces los emperadores habian buscado remedio á este mal, pero siempre habian aplazado la reforma para ocasion mas oportuna. José quiso realizarla, pero sobrevinieron las consideraciones, los decretos contradictorios, las añejas y opuestas costumbres, y las disputas de categoría, y así se perdieron diez años en discusiones de grande importancia entonces, de ninguna en el dia.

Por una usanza antigua los emperadores podian dar billetes de pan (*panisbriefes*) cuyo portador recibia alimento, vestido y albergue en algunas fundaciones piasos. José quiso estender este uso á todas y hacer que de este modo le mantuviesen sus siervos; pero la mayor parte se negaron á ello, y el emperador comprometió en vano la propia autoridad. Lo escasa que ésta era se echó de ver tambien cuando José no teniendo hijos trató de hacer elegir rey de romanos, no á su hermano, sino á Francisco su sobrino predilecto, con lo cual suscitó desavenencias aun en el seno de su familia.

Mayores disgustos introdujeron en el imperio sus atentados contra la Baviera. Estinguida en 1777 la casa electoral dominante, rama segunda de los Wittelsback, debia heredar el mando el elector palatino, gefe de la línea primogénita; pero sobre los bienes alodiales aducia pretensiones la viuda del elector de Sajonia; José como emperador, reclamaba algunos fondos de los cuales aquella casa habia estado investida separadamente; y otros pedia María Teresa como reina de Bohemia y como archiduquesa de Austria, pero en realidad para redondear sus estados, que era otra de las ideas de aquel tiempo. Fuese á desenterrar de los archivos un diploma del año de 1426; y Carlos Teodoro, para suceder pacíficamente en la posesion de los dominios restantes, consintió en la desmembracion, con lo cual el Austria ocupó los países que queria sin informar de ello á las casas interesadas.

José se lanzaba á cualquier acto de osadía fiándose en que Francia, Inglaterra, España y Holanda, yacian ecshaustos á causa de la guerra americana, al paso que Federico II gozaba en paz los frutos de la guerra y nadie creia que fuese capaz de aventurarlos por intereses de tercero. Pero si José hubiese ejecutado completamente su proyecto, la Prusia se habria encontrado ceñida por todos lados por el Austria, la cual habria abrazado toda la Alemania meridional. Federico conoció tambien cuánta importancia le daría el hacerse centro del descontento de toda

Alemania; y rechazando con determinacion vigorosa las ventajas que se le ofrecian, él, que habia sido otras veces usurpador, se erigió en defensor de la constitucion del imperio, amenazada de aquella ambicion sin límites.

Obstinábase María Teresa en querer arreglar esta contienda por medios conciliatorios; pero José, deseoso de probar sus fuerzas otra vez con el antiguo adversario de su casa, aceptó la guerra y con Lascy se puso á la cabeza de cien mil hombres. El anciano Laudon, viendo un obstáculo en la presencia imperial, se retiró; Francia é Inglaterra se interpusieron, y por su mediacion se hizo la paz de Teschen 1779, toda en favor de Carlos Teodoro, que siempre se habia opuesto á la guerra. Austria ganó el círculo del Im, pero ésta pareció escasa compensacion á José, que ansioso de redondear su ducado hereditario con la Baviera, trató de trocárla por los Países Bajos. Comenzó, pues, á conservar, y despidió las guarniciones holandesas que las servian; y despues propuso la cesion de aquellos países á la casa Palatina con el título de reino de Borgoña, acallando con dinero las pretensiones de los colaterales. Pero habiendo llegado á traslucirse las nuevas de este proyecto, se suscitó un clamor universal entre los príncipes, especialmente por parte del anciano Federico II. José tuvo que abandonar su plan, pero tal tentativa produjo la de la formacion de una liga de príncipes para evitar bastantes escesos y conservar la constitucion; y si bien la muerte de Federico (17 de Agosto de 1786) impidió llevarla á cabo, esta fué la primera idea de la unidad germánica presidida por el rey de Prusia, mira constante de los sucesores de éste.

Federico II habia hecho reformas importantísimas sin cuidarse de los intereses particulares y como si obrase sobre materia bruta; pero en su país habia mas centralizacion de poder, mas hábitos militares en el pueblo, mas genio en el legislador. En Austria eran obstáculo para cualquiera reforma la aristocracia robusta, el carácter flemático, los hábitos de inercia, una multitud inmensa de mariscales y generales que impedia la regeneracion del ejército. Las innovaciones del monarca prusiano se referian á la guerra y á la administracion, las de José II á la inteligencia y al sentimiento. Por eso Federico fué bendecido y su nacion sobresalió entre las primeras, al paso que se conocieron mal las intenciones de José, y su poder fué destrozado, tanto, que en la amargura de su corazon esciamaba: "Si no conociese los deberes de mi estado, si no estuviese convencido de que la Providencia quiere que yo lleve mi diadema con el peso de los deberes á ella anectos, mi corazon se veria angustiado pensando en la suerte infeliz que me ha cabido, y mi mas ardiente deseo seria cesar de ecsistir. Pero persuadido de la pureza de mis intenciones, espero que la

"posteridad con mayor justicia apreciará lo que he hecho por mi pueblo."

Así, al fin de su vida vió José derrotadas sus tropas por los turcos; coligadas contra sus pretensiones Inglaterra, Prusia y Holanda; sublevados los Países Bajos y la Hungría; quejas por todas partes contra sus disposiciones; frustrados todos sus proyectos; conmovido su trono cuando mas habia menester solidez; y el odio á las innovaciones como única herencia que podia dejar á sus sucesores. En el trance de muerte, arrepentido y resignado enviaba felicitaciones y saludos al ejército, cuya gloria decía que "habia sido siempre objeto principal de sus cuidados." Después con sentimientos mas humanos añadió: *No siento perder mi trono: un solo recuerdo me entristece, y es que he hecho pocos felices y muchos ingratos.* Dictó por sí mismo su epitafio: *Aquí yace José II, desgraciado en todas sus empresas;* y en el testamento escribió: "Ruego á aquellos á quienes contra mí voluntad no hubiere hecho justicia, que me perdonen, sea por caridad cristiana, ó sea por humanidad: tengan presente que un monarca no por estar en el solio deja de ser hombre como el pobre en su cabaña, y que ambos están sujetos á los mismos errores."

LOS JESUITAS.

Estos reyes, á pesar de las rivalidades y contiendas que tuvieron entre sí, estuvieron de acuerdo en dos hechos, conformes por otra parte con el genio destructor de la filosofía de aquella época, á saber, la abolición de los jesuitas y la desmembración de la Polonia.

La compañía de Jesús, instituida por San Ignacio para oponerse á la reforma, fué muy poderosa para contener los progresos del protestantismo; por lo cual al renacer el espíritu de independencia, ella debía sofocarlo ó sucumbir. Con una organización admirable por la unidad de acción que reinaba en todos sus reglamentos, se habia elevado á tal punto de grandeza, que llegó á intimidar á toda Europa, lo mismo al pueblo que á sus opresores; es atraerse la persecución en el siglo que proclamaba tolerancia. No es este el lugar de admirar á los jesuitas en sus portentosas misiones, en las cuales se confia su mérito hasta por aquel filosofismo que no se sentia con voluntad de imitar tales sacrificios, mientras que se irritaba porque se veia al lado de jesuitas en esta mas ruidosa que cansada tarea de educar á gente civilizada. Como nacida cuando las letras estaban en todo su esplendor la sociedad de los jesuitas, en vez de obstinarse en hacer retroceder la civilización, en proclamar la pobreza, en combatir las doctrinas, secundó el movimiento dedicándose á la instrucción de la juventud, que estaba muy descuidada. Los jesuitas en lugar de esconderse en los desiertos, aspiraron á dirigir la corte y los reyes; con academias, teatros, partidas de campo, ejerci-

cios gimnásticos preparaban á sus alumnos para la vida social; en sus iglesias ofrecían trabajo á los artistas; en las misiones buscaban al mismo tiempo que el fruto de las almas, la utilidad de los cuerpos; y así como enriquecieron la farmacia con la quinina, así tambien con el chocolate mitigaron el rigor de los ayunos. Transformábanse, en una palabra, según la marcha del siglo; y éste, mientras se burlaba de los frailes franciscanos por lo sucios, de los dominicos por lo perseguidores, de los cistercienses por su ociosidad, de los cartujos por lo contemplativos, se hallaba bien con los jesuitas que vestían del mismo modo que lo restante del clero, que desempeñaban misiones en las colonias, que eran poetas festivos, escritores elegantes, diligentes historiadores á usanza de escuela, cortesanos espertos que conociendo las debilidades de la época se proponían dirigir las al bien, y publicistas ademas de una libertad anterior y superior á la de los filósofos.

Mas no es esto decir que entendiesen el progreso á la manera del siglo, esto es, como un divorcio con lo pasado y con la Iglesia: antes por el contrario, eran muy adictos á Roma. Cuando el pontífice desaprobaba ciertos actos de tolerancia que habian tenido en las misiones de la China ó del Malabar, no vacilaban en obedecer aunque debieran perderse las conquistas hechas en dos siglos de martirios y la esperanza de convertir el mayor imperio del mundo. Sostenían las pretensiones de la corte romana con una tenacidad que era por lo menos igual al creciente anhelo de emancipación. Así inspiraba celos á las demas órdenes religiosas la superioridad adquirida por estos clérigos, en quienes desaprobaban el espíritu mundano y el no haberse sometido á las austeridades prescritas por las prácticas antiguas, acusándolos tambien de haberse desviado de su primitivo instituto y dedicado con exceso al cuidado de intereses terrenales y á lisonjear á los poderosos.

Las culpas multiformes y opuestas que se les echaba en cara podían reducirse á dos principales. En teoría eran acusados de lo que hoy podría llamarse liberalismo, esto es, que suponían que existía algo superior á los reyes, que era el pueblo, y decían que la voluntad de éste valía tanto como la de aquellos, y que cuando un rey se convirtiese en tirano, era lícito oponerle resistencia y hasta matarlo. La otra acusación podría llamarse á la moderna de progresistas, porque mientras los reformadores (católicos ó herejes) pretendían hacer retroceder el cristianismo hasta los primeros siglos, los jesuitas querían adaptar á los progresos del tiempo, no el dogma que es inalterable, pero sí la disciplina.

Seguíase de aquí como consecuencia necesaria aquella moral laica por la cual fueron tan gravemente inculpados, pues que tendiendo á salvar á lo menos las conciencias cuando se rompían los frenos de la dis-

ciplina, se decía que se mostraban condescendientes con las debilidades humanas, que facilitaban el camino del paraíso tapizándolo de terciopelo.

De estos cargos los disculpan sus apologistas; pero nosotros limitándonos al papel de simples espositores de la opinión general de aquel tiempo, diremos que viendo al mundo separarse cada dia mas de las prácticas religiosas, le aligeraron su peso todo lo posible; y para que los cristianos no rompiesen el freno demasiado tirante, prefirieron aflojarlo, buscando excusas á los extravíos hasta donde podían buscarse sin disculpar el delito. Algunos jesuitas definen el pecado una separación voluntaria de la ley de Dios, y sostienen por tanto como circunstancias indispensables para su existencia, el conocimiento de la culpa y el perfecto acuerdo de la voluntad. De aquí se deducia con sutileza escolástica un sistema laico, en que la pasión, el ejemplo, la costumbre, se presentaban como disculpas. Unos disculparon el duelo siempre que el no admitirlo privase del honor ó de la categoría; otros escusaron el perjurio siempre que se hubiese prestado el juramento sin intención interior de cumplirlo; otros sostuvieron que en los casos de duda respecto de actos no absolutamente pecaminosos, podía seguirse la opinión probable, esto es, aquella que hubiese sido defendida por algun autor estimado, ó bien para aquietar los escrúpulos, aquella que fuese mas indulgente.

Eran estas opiniones controvertidas, no peculiares de los jesuitas ni comunes á todos ellos; pero como es costumbre en los partidos, se asoció al nombre de jesuitas la doctrina del odio á los reyes y de la moral condescendiente, sobre cuyos puntos se vieron fuertemente atacados por otro partido, que fué el jansenista.

Entre las grandezas paganas de Luis XIV habia nacido una cuestion eclesiástica acerca de la gracia del modo con que San Agustín explica el acuerdo de ésta con la libertad humana. En los libros de Jansenio, obispo de Iprés, se habian hallado algunas proposiciones consideradas como temerarias ó heréticas; pero el partido á quien dió nombre aquel prelado, afirmaba que no habia tales proposiciones ó que debían entenderse en sentido diverso. Aquí comenzó una guerra de sofismas y sutilezas, que se estendió después á puntos de práctica y de disciplina, sobre la facilidad de las absoluciones, sobre el culto de las imágenes, sobre la autoridad del pontífice. Personas piadosas y doctas que vivían en devoto retiro en Port Royal cerca de Paris, atrajeron á la causa jansenista el respeto y el amor general, y los jesuitas que la combatían fervorosamente, se hicieron odiosos. Mientras los jansenistas daban á la gracia tanta preponderancia que aniquilaba el libre albedrío, este era defendido por los jesuitas; los primeros mutilaban la autoridad

de los papas; los segundos eran sus infatigables campeones.

Originóse entonces una escaramuza que no fué generosa ni leal por ninguna de las partes. Sobre todo, los jansenistas desaprobaban en sus adversarios la condescendencia con el siglo, el erigirse en defensores de la libertad y poder de la voluntad humana, y devociones como el Sagrado Corazon y otras que les parecían irreverentes; y en sus *Casuistas*, libros escritos para los directores de las conciencias y en latin, fueron á buscar indecencias, no difíciles de encontrar como tampoco lo son en libros de medicina, sin que por eso merezcan éstos ser reprobados. Entre la multitud de libros y opúsculos que se publicaron, llenos de feos personalidades, de exageraciones y mentiras, son memorables las *Provinciales* de Pascal, golpe irreparable contra los jesuitas, y que les hizo una herida mas profunda de lo que pudo creer su piadoso autor. La autoridad se mezcló en aquel litigio hasta con la fuerza, y las bayonetas dispersaron á los solitarios de Port-Royal; los jansenistas hicieron intervenir milagros en el asunto para mostrar la injusticia de la condena, y los jesuitas se burlaron de estos milagros como los jansenistas se habian burlado de los que se decían verificados por santos jesuitas en el Mogol y en el Japon; Roma con la bula *Unigenitus* condenó ciento y una proposiciones que se atribuían á los jansenistas; el gobierno excluyó del sagrado ministerio y de los sacramentos á los que no hiciesen profesion de fé conforme á esta bula, la cual por lo mismo, en vez de poner fin á la contienda, la envenenó; la corte, según los amantes que dominaban, favorecía á los rigurosos ó á los laicos; y fué espectáculo singular el que presentó entonces aquella sociedad corrompida hasta el extremo, declarándose por el partido del rigor contra el de la indulgencia, por lo pasado contra el porvenir; condenando los elegantes á los que trataban de hacer mas accesibles los confesionarios á los cuales ellos jamas se acercaban, y ridiculizando las tentativas hechas para encontrar la armonía entre la perfección divina y la debilidad humana. Los parlamentos franceses tomaron decididamente partido por los jansenistas, oponiéndose con estos á las decisiones de Roma y á los decretos del rey; y por cuestiones teológicas, para cuya decision no eran ellos competentes, hubo de recurrirse á golpes de Estado, acreditándose así la costumbre de la resistencia legal, y comenzado una oposición que debia concluir con la ruina de entrambos poderes.

Pero en aquella guerra, disfrazada con los nombres de jansenistas y jesuitas, la verdadera víctima era siempre la corte, pareciendo libertad el adherirse á la oposición y al parlamento; y la guerra contra el clero, ridícula en sus accidentes, fué terrible en sus consecuencias. "Veíase todo el dia, al verdugo quemando pastorales de obispos que